

VEINTIDOS
AÑOS DESPUES
DE LA BOMBA
"H"

REGRESO A BIKINI

"¿Qué le hicieron ustedes a nuestro atolón?". Bikini, campo experimental de veintitrés explosiones atómicas, es hoy un lugar inhóspito. Sus antiguos habitantes viven ahora en la isla de Kili. Algunos regresaron en compañía de los autores de este reportaje y ni siquiera encontraron las tumbas de sus antepasados.

Texto: NICHOLAS WOLLASTON

Fotografías: BURK UZZLE



Muchas bombas han explotado en Bikini en los últimos veinte años. Los habitantes de la isla fueron evacuados. Aún se aprecian las huellas de lo que fue un verdadero banco de pruebas atómico.

LEGAMOS a Kili poco antes del amanecer. En la playa brilla intermitentemente una lucecita. La motora echa anclas frente a los acantilados de coral, y el bote es bajado al agua. El motor fuera borda emite su rugido peculiar, y el bote se lanza disparado en dirección a la playa. En este momento sale el sol en el horizonte y el espectáculo resulta de una belleza tan indescriptible que nos olvidamos de Kili y de todas las ideas preconcebidas que habíamos formado de ella. Sí, por fin hemos llegado al lugar de destino, a nada menos que diez mil millas de distancia de Londres y tras casi haber dado la vuelta al mundo.

La gente sale de las casitas y se va congregando en la playa. Al alcanzar la zona coralífera, nuestro marino para el motor y salta al agua, que le llega casi hasta el cuello. Con mano firme sujota la pequeña embarcación en el momento en que dos grandes olas se estrellan contra el coral; casi con la velocidad del rayo, tira fuerte de ella y nos lleva hasta el mismo borde de la playa. Saltamos a la blanda y húmeda arena y nos mezclamos con la gente que nos aguarda.

«Yuki», nos dicen alargándonos la mano para que se la apretemos en cordial saludo. «Yuki, yuki», repiten. «Yuki» significa «amor». Echamos una ojeada a nuestro alrededor; parece como si toda la población de Kili, que suma unos trescientos individuos, se hubiera reunido allí para saludarnos y darnos la bienvenida. Algunos de ellos hablan inglés, y todos, sin excepción, sonríen felices de tenernos en

BIKINI

tre ellos. Los visitantes son allí muy escasos. Estos micronesios, el pueblo de las pequeñas islas, como les llaman, son de tez más oscura que los polinesios de Hawái y más clara que los melanesios de Fiji. De pie, en la larga playa de Kili, parecen la gente más alegre del mundo.

Dedicamos los primeros momentos de nuestra estancia en Kili a pasear por el pueblo, que se reduce a una corta calle flanqueada de casitas de techos hechos con ramas y hojas de palmera.

Salimos al perímetro exterior, siguiendo la línea circular del rompiente de la playa. Más allá de la zona coralífera se extiende el mar. Dentro de ella, una serie infinita de pequeñas lagunas; a nuestros pies tenemos coral blanco y rosa e innumerables conchas marinas. También divisamos los restos ennegrecidos y oxidados de un avión, vemos un trozo de hélice y la punta de un ala rota emergiendo del coral. ¿Un caza japonés o americano? ¿Qué más da!, lo único que nos preocupa es la constante y obsesiva presencia del inmenso océano.

De nuevo vemos, entre los cocote-

ros del interior, que ha llegado un grupo de hombres. Trabajan en una pequeña instalación improvisada, de funcionamiento extremadamente primitivo: es un secador de copra. Bajo un techo de ramas de palmera han instalado un canal lleno de cocos partidos por la mitad; cuando están calientes y ahumados, los hombres cortan, con cuchillos, la carne seca del coco, la copra, y la ponen en sacos cuidadosamente. Las cáscaras vacías las echan al fuego. Una muchacha, descalza y con su largo pelo negro azabache untado de aceite de coco, se acerca por el estrecho sendero de la selva con un cuenco de arroz hervido y una lata de carne en conserva. Los hombres cogen cada uno una cáscara de coco a guisa de plato; un trozo de hoja de palmera hará las veces de cuchara. El arroz es abundante, pero la pequeña lata de carne en conserva ha de llegar para siete hombres y dos muchachos. En el pueblo, las mujeres y los niños —los que no trabajan— no comen nunca carne, sólo arroz mezclado con un poco de leche de coco.

Durante todo el día, el trabajo de

elaboración de la copra prosigue en la selva y en el pueblo. Muy pronto llegará un barco que la cargará con destino a alguna fábrica de jabón japonesa; a cambio les venderán arroz, harina, azúcar, chicle, baratijas de plástico y más latas de carne en conserva. Los isleños de Kili adoran la carne en conserva. Si se les da a escoger entre un gran atún fresco y una minúscula lata de «corned beef», elegirán la carne, sin dudar ni un instante. Cuando el buque parte, los isleños tendrán que esperar cuatro largos meses antes de que avisten otro. Durante muchas semanas nadie trabajará en la elaboración de la copra, y se podrán dedicar a la vida elegiaca de danzas, cantos y amor para la que han nacido. La isla será como un diminuto paraíso de ociosidad y ritmo.

Casi un paraíso perdido

Y, sin embargo, ésta no es su isla. Esta gente no es de Kili, no nacieron aquí ni se sienten parte de ella. Tie-

nen, tenían, su hogar, un hermoso atolón llamado Bikini, quinientas millas más al Norte. Bikini era un gran conjunto de isletas, treinta islas extendidas como las cuentas de un collar de perlas, con un amplio lago en el centro. Esta gente no habitaba todas las islas e islotes de Bikini, sino que cada una de ellas tenía su misión específica; una la hacían servir para guardar los cerdos y las gallinas; en otras sostenían criaderos de tortugas marinas, de carne sabrosa y caza fácil; otras las habían convertido en verdaderos santuarios de aves exóticas o en instalaciones de pesca. La parte central y mayor del archipiélago, el corazón del atolón, lo constituía el lago —de doscientas treinta millas cuadradas de extensión—. Las grandes olas del Pacífico rompían siempre furiosas contra la parte exterior de la zona coralífera del lago, pero en el interior del anillo de isletas al agua estaba tranquila y había abundante pesca. Era un verdadero puerto al abrigo de tempestades y sorpresas, en donde los isleños mantenían una flotilla de largas y alegres canoas con las que podían adentrarse océano





Antes, ésta era una isla de abundante vegetación; ahora está parcialmente desierta. Aquí es donde los americanos hicieron explotar, en 1954, la bomba de hidrógeno «Bravo», que causó quemaduras a los habitantes de otra isla situada a más de cien kilómetros de distancia. A la izquierda, un nativo de Bikini devuelto por los americanos a una isla muy distinta.

adentro. Como en todas las islas a poquísimas alturas sobre el nivel del mar, la vida era un tanto precaria, pero, al contrario del resto de las islas Marshall, que adolecen en general de falta de lluvia, de agua potable y comida, Bikini, semejando una fortaleza bien provista para aguantar un largo sitio, no era un mal lugar para vivir.

Para los isleños era poco menos que un lugar ideal. Desgraciadamente para ellos, Bikini era ideal para algo más. A los cinco meses escasos de haber sido lanzadas las dos primeras bombas atómicas sobre el Japón, el gobierno norteamericano ya se hallaba a la busca febril de un lugar apartado en donde poder ensayar cómodamente y sin peligros la eficacia de sus nuevas armas. Las islas Marshall, antiguo protectorado alemán, habían sido administradas entre las dos guerras mundiales por el imperio japonés, formando parte de un mandato de la Sociedad de Naciones. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, las nuevas Naciones Unidas traspasaron el mandato a los Estados Unidos. Los científicos y militares se dieron súbitamente cuenta de que aquello por lo que habían estado meses suspirando se les ofrecía ahora inesperadamente en bandeja.

En enero de 1946, Washington anunció que el atolón de Bikini sería muy pronto el banco de pruebas de una serie de experimentos. Al mes siguiente, en febrero, el gobernador militar desembarcaba en el atolón «para explicar el asunto» a la desconcertada población. «Fue una labor impropia —declararía más tarde—: si uno solo de ellos se negaba a abandonar el atolón, surgirían mil problemas de muy difícil solución práctica». Pero dadas las circunstancias, los isleños, con la aprobación de su jefe Juda, se mostraron conformes en abandonar sus



hogares. Eran absolutamente incapaces de comprender nada de lo que sucedía, pero se les dijo que sólo era por poco tiempo, y creyeron en la palabra dada.

A principios de marzo, tan sólo seis semanas después del primer comunicado, los ciento sesenta y siete habitantes del atolón de Bikini recogieron todos sus humildes enseres, adornaron con flores y guirnaldas las tumbas de sus antepasados por última vez y, cargados de fardos y cajas, cantando y llorando, con sus canoas e incluso con su Iglesia de madera desmontada a piezas, subieron a un barco de guerra de la marina norteamericana que los trasladó a Rongerik, un atolón deshabitado ciento cincuenta millas al Este de Bikini. La rapidez de la operación, la exactitud con que fue llevada a cabo, resultaba algo absolutamente incomprensible para aquellas almas primitivas y sencillas, pero por fin el gobierno norteamericano había logrado lo que se proponía: el atolón de Bikini había quedado desierto y la bomba podía ser lanzada sin ningún impedimento.

Desgraciadamente para los pobres bikinianos, Rongerik no era lo que les habían dicho. El lago era cuatro veces más pequeño que el de Bikini, las islas disponían de mucho menos espacio habitable, y hasta los cocos eran más pequeños. Los pandanus y el árbol del pan que allí crecían no eran comestibles, no había «taro», y los infelices tenían que abrir los troncos de las palmeras para comer el corazón —un recurso comprensible pero altamente destructivo—. Lo peor de todo para ellos era que su nueva isla estaba encantada por el espíritu maléfico de una hembra-dragón que se había caído al lago y cuyo cuerpo había sido devorado por los peces; historias o no, lo cierto era que los peces estaban en



Tras veintidós años de exilio forzoso, un grupo de nativos de Bikini vuelve al atolón que les vio nacer. Este es el momento soñado y esperado por todos ellos. Pero Bikini ha cambiado: ha desaparecido el poblado que se vieron forzados a abandonar. Por todas partes hay restos que recuerdan las explosiones atómicas. Lo primero que ven los isleños al desembarcar es este pontón que emerge de la arena. Durante más de veinte años, su isla nativa ha sido el marco experimental de la potencia nuclear norteamericana: ahora es un territorio inhabitable. En la foto pequeña, la tumba —y la tetera— del rey Juda, en Kili; con él negociaron los americanos la cesión temporal de Bikini. Trasladaron a los isleños a Kili, prometiéndoles que en poco tiempo les devolverían a su isla natal. Cuando, al fin, una delegación estadounidense retornó con algunos de ellos a Bikini, comprobaron que aquello era un páramo quemado por el fuego atómico.

BIKINI



En un período de doce años, Bikini sufrió veintitrés explosiones de ingenios nucleares. En la preparación de estas explosiones intervinieron cientos de expertos militares y científicos. Aún quedan, después de diez años, restos que hablan de aquella ocupación militar: una pista para el aterrizaje de los aviones, invadida por la vegetación; torres de observación, macizos blocaos de hormigón, una cantina y hasta un sillón de barbería. Nada queda de las plantaciones de cocoteros y árboles frutales. Ni siquiera se conservan las tumbas de los antepasados: el último recuerdo de los exiliados fue adornar con flores el cementerio. Un nativo contempla una de las pocas tumbas que aún pueden hallarse en el atolón de Bikini.



venenados y eran casi todos incombustibles.

Al principio, el gobierno norteamericano, muy ocupado con sus bombas de Bikini, no tuvo tiempo de ocuparse de las lejanas quejas y el desconocido sino de los infelices isleños, a los que los regalos del gobernador militar no impresionaban demasiado: eran un receptor de radio y un extraño aparato movido por un generador a gasolina —indudablemente una elección muy poco afortunada para aquellas gentes tan sencillas—. Pero ya en 1947 se redactó un informe sobre las condiciones críticas en que vivían los bikinianos, decidiéndose trasladarlos a Ujelang, otro atolón deshabitado, cuatrocientas millas al Oeste de Rongerik. Se envió con antelación un equipo de operarios de la armada para que acondicionaran un poco su nuevo hogar, pero a los diez días llegaba una contraorden de Washington. ¿Qué había sucedido?, pues que los científicos ya no estaban satisfechos con Bikini, y ahora decían que necesitaban urgentemente el cercano atolón de Eniwetok; ahora bien, Eniwetok también estaba habitado, y sus gentes tenían prioridad sobre Ujelang. La evacuación de Eniwetok se llevó a cabo todavía más rápidamente que la de Bikini, y a las tres semanas los eniwetokianos desembarcaban en Ujelang, mientras que los pobres bikinianos eran devueltos a Rongerik.

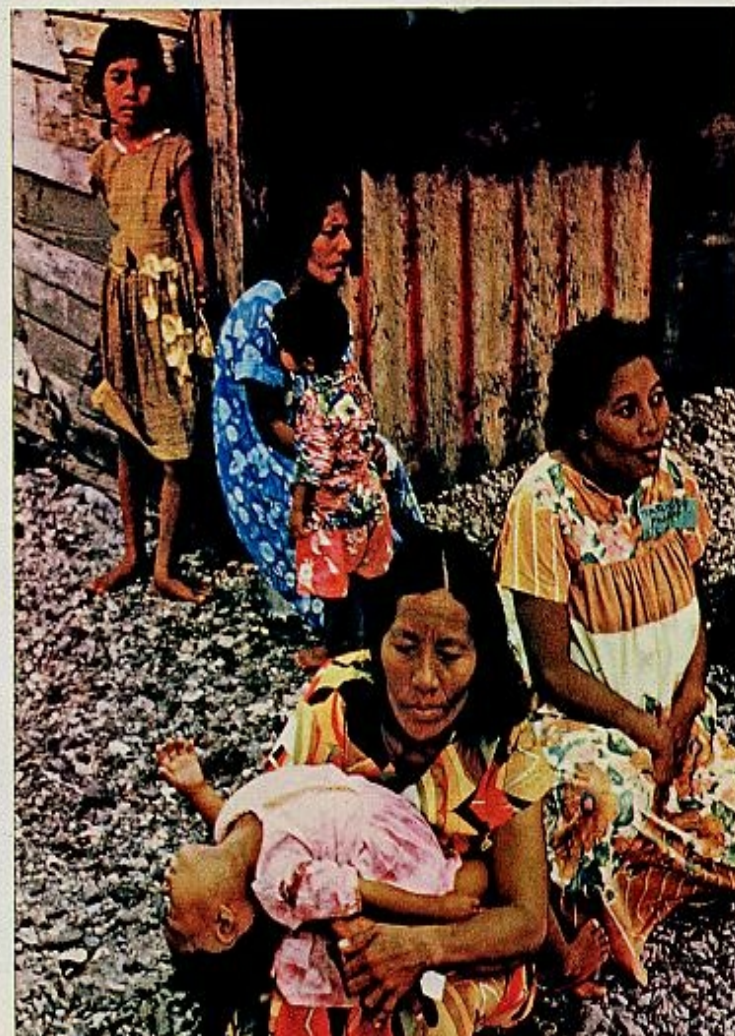
Hambre y nuevo éxodo

A principios de 1948 se recibió un informe alarmante que aseguraba que se hallaban al borde de una catástrofe colectiva: era el hambre, con toda su secuela de enfermedades. Con prontitud calificada de «solicita y familiar», un oficial de la armada llegó a Rongerik para comunicar a la gente que se preparara para evacuar el atolón al día siguiente. Recogiendo apresuradamente sus pobres enseres, volvieron a embarcarse en un buque americano, que esta vez los trasladó a un poblado provisional levantado con tiendas de campaña y barracones, cercano a la base militar norteamericana del atolón de Kwajalein. Durante los meses siguientes, los médicos militares lograron reponer un tanto las maltrechas fuerzas de los isleños, mientras éstos por su parte se aficionaban al chicle y a la coca-cola. El gran jefe Juda y el consejo eran llevados a visitar cada día una serie de islas entre las que escoger una como sede permanente. Las posibilidades quedaron muy pronto reducidas a dos: un pequeño atolón situado al Norte de Kwajalein, que ya estaba habitado, y Kili, una isla solitaria y desierta, situada muy al Sur. Siguiendo la costumbre americana, se montaron dos urnas electorales, con fotografías y descripciones de las alternativas: era como tener que escoger entre el demonio y el fondo del mar, y los infelices bikinianos, sin duda creyendo todavía que pronto los dejarían volver a Bikini, tal como seguían prometiéndoles, votaron por Kili.

Los trasladaron allí a finales de 1948; la llegada a este nuevo hogar pequeño y desprovisto de lago fue señalada por un portento: durante tres días estuvieron aguardando inútilmente a que los desembarcaran: las olas eran tan altas y fuertes que impedían toda maniobra. Pero por fin los dejaron en la playa, y con ellos se quedó,



Restos del edificio donde se montaban los ingenios nucleares, en Bikini. La isla de Kili se encuentra a más de quinientas millas al Sur; allí fueron conducidos los isleños, «provisionalmente», durante veintidós años.



algún tiempo, un carpintero de la marina para ayudarles a construir el poblado, y allí se han quedado.

Kili fue adquirida, en 1874, por una compañía alemana, que pagó trescientos dólares por ella a un jefe isleño y plantó cocoteros para la elaboración de copra. Entre 1914 y 1940, la plantación estuvo regentada por los japoneses, pero cuando los bikinianos fueron trasladados allí la isla había permanecido abandonada muchos años, y la maleza y las ratas lo invadían todo.

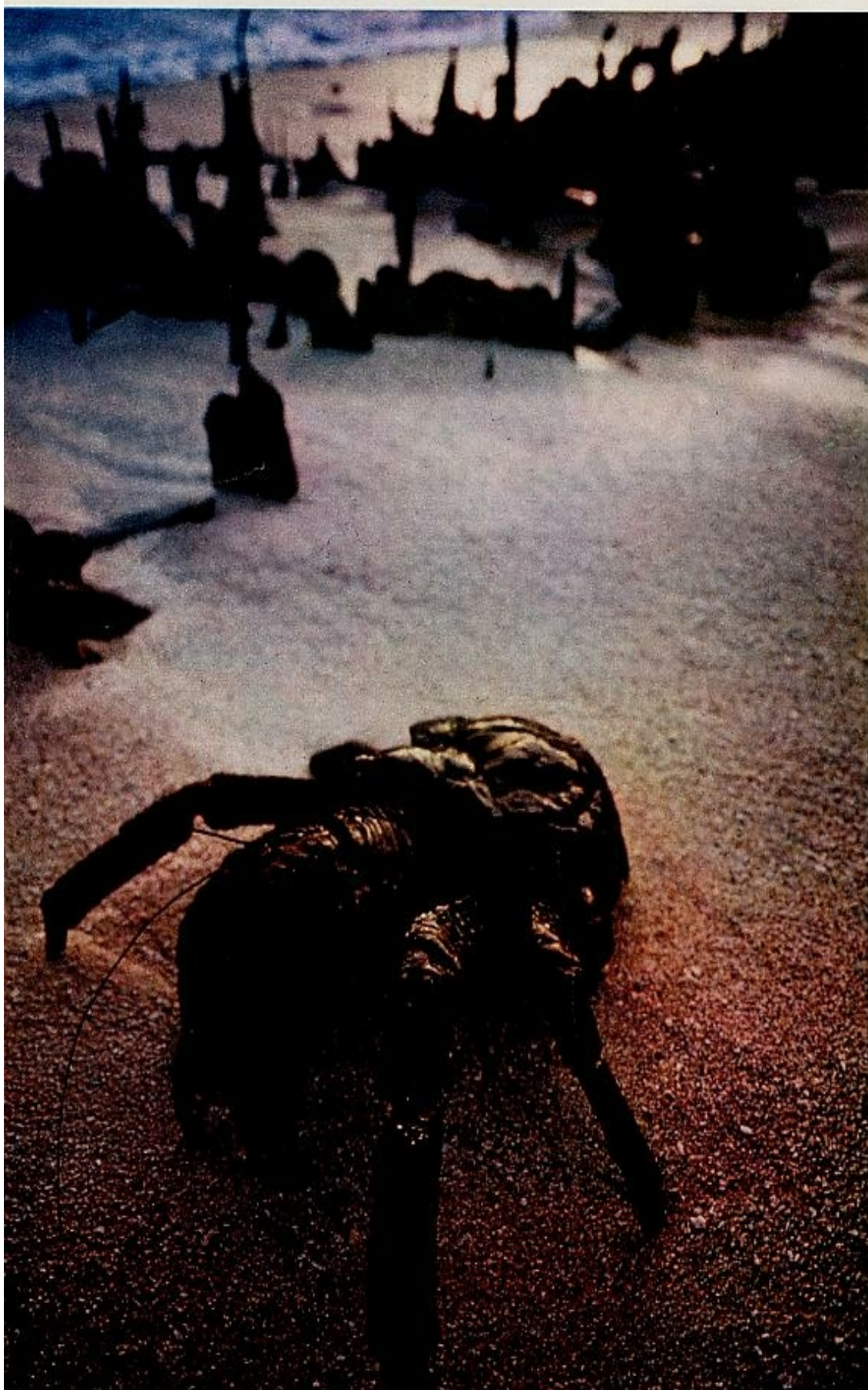
En aquella parte de las islas Marshall, la lluvia es abundante y la copra obtenida es excelente. Pero para los bikinianos nada enjugaría las grandes desventajas de que adolece: no hay lago, no hay ningún lugar en donde amarrar las embarcaciones, ni islotes. Aunque se trajeron consigo algunas canoas de Bikini, Rongerik y Kwajalein, no disponen de sitio adecuado para guardarlas; el océano está lleno de pesca apetitosa, pero apenas pueden hacerse a la mar para procurársela. Los barcos llegan a Kili contadas veces al año, y aun en muchas de ellas tienen que llevar anclas sin haber podido desembarcar la mercancía. Deben permanecer meses y meses cortados, aislados de todo contacto con el mundo exterior, mantenidos en un injusto y absurdo aislamiento.

En 1950, un antropólogo norteamericano que visitó Kili recomendó hacer tres cosas: decir de una vez claramente a los isleños que nunca podrían volver a Bikini, que se les enviara un buque de trece metros de largo y un técnico agrícola para enseñarles a cultivar frutos y ayudarles en lo que pudiera. Pero los orgullosos bikinianos no pudieron creer lo que se les decía; en cuanto al buque, se hundió con una carga de diez toneladas de copra. Dal técnico agrícola más vale no hablar, por la sencilla razón de que no se encontró a ninguno dispuesto a ir a Kili; es verdad que, en 1967, diecisiete años más tarde, un joven voluntario del «Peace Corps» americano desembarcó allí para pasar una temporada ayudándoles en lo que buena mente pudiera; acababa de terminar sus estudios en Nueva York, en donde se había graduado en... psicología (!).

En 1956, quizá obedeciendo subconscientemente el sentimiento de que estaban en deuda con los antiguos habitantes de Bikini, los Estados Unidos hicieron su primer gesto reparador, muy americano por cierto: se distribuyeron veinticinco mil dólares entre los refugiados y sus descendientes y parientes, que ya ascendían a unos trescientos treinta; además, se invirtieron otros trescientos mil dólares en una especie de fondo común, del cual podrían extraer una pensión bianual de unos doce dólares por cabeza. Pero después de transcurridos veintidós años, veinte de ellos en Kili, los isleños siguen negándose a creer que aquel traslado fatal fuera definitivo y que ya no puedan volver jamás a Bikini.

Y es que, en el transcurso de los años, Bikini se ha convertido, para estas pobres gentes, en una verdadera obsesión, en una especie de Tierra Prometida: Aunque no un mito, ya es casi una leyenda. En Kili no han trabajado nunca como debieran, ni se han esforzado todo lo que las circunstancias hubieran aconsejado, sencillamente porque instintivamente sentían que toda superación podría constituir

BIKINI



un obstáculo, o si se quiere una excusa, para no dejarles volver. Muchos bikinianos nacidos después del año 1946 no han podido, claro está, ver el atolón de sus padres y de su pueblo, pero todos sin excepción, al igual que los que se fueron de Kili y que andan esparcidos en distintas islas de las Marshall, esperan con impaciencia e ilusión el día bendito en que podrán bañarse de nuevo en las aguas limpias y serenas de su lago.

En estos días que estamos pasando en Kili, sumergidos en una especie de idilio tropical, podemos sentir palpablemente el fondo de descontento y la resentida apatía que les domina. Visto todo superficialmente, con los ojos de un turista cualquiera, esta actitud obedecería a la calma tropical reinante en este paradisíaco rincón, en esta isla de los Mares del Sur; sería como la apoteosis de todo lo que soñamos durante el largo invierno en nuestras urbes frías y congestionadas por el tráfico motorizado. Pero visto con más atención, es decir, rasgando esta capa de indolencia y pereza, están la inocencia y la angustia de trescientos hombres y mujeres con sus niños, la eterna, inacabable historia de la crueldad del hombre para con el hombre.

Un nativo se ha encaramado graciosamente hasta la copa de una palmera, sacude con brío las ramas más altas, derriba varios cocos, y luego, bajando rauda, recoge del suelo el ejemplar mayor, lo abre de un hábil golpe de cuchillo y nos ofrece las dos mitades para que saboreemos el frío y delicioso jugo. «Yuki», exclama. Una mujer se acerca con paso cadencioso, llevando una cesta hecha con hojas de palmera, llena de buñuelos y árbol del pan: «Yuki», saluda. Una muchacha está rascando las cuerdas de un banjo japonés, mientras que una mujer adulta acaricia el pelo de su niña dormida.

El viejo y el mar

Una tarde vemos a un viejo, de gran estatura, surgir de las olas como un profeta. Se queda de pie en la playa, inmóvil, lustroso y húmedo, con los cortos pantalones pegados a su piel morena. Se ha pasado tres horas nadando por la zona coralífica con un anzuelo y una cuerda de pescar, pero no ha podido atrapar ningún pez. Casi todos los días obtiene el mismo resultado nulo; muy raras veces ahora pescar algo; tiene una gran cicatriz en la muñeca, que se hizo luchando con un atún gigantesco, ya hace muchos años. Y ahora, al contárnoslo a la luz postrera del sol poniente, se ríe. Bikini era mucho mejor, parece pensar; lo curioso del caso es que su rostro no acusa desesperación o disgusto. El ya está por encima de estas cosas, y mañana lo intentará de nuevo; tiene que hacerlo, porque entre noviembre y abril el mar estará demasiado embravecido para pescar

→
Un cangrejo cocotero en la arena de la playa de Bikini: manjar exquisito, ahora se ha vuelto peligroso, porque al comerse su propio caparazón acumulan estroncio, adquiriendo radiactividad.



CARTA NEVADA ...presencia dorada

"BOUQUET"
FREIXENET



BIKINI

nada. Y el gran viejo se ríe, se ríe...

A la mañana siguiente, que es tranquila y soleada en grado extremo, un nativo nos saca a dar un paseo por el mar en su pequeña canoa. Ayer pescó un pulpo; se pasó seis horas en el mar y volvió con sólo una captura. Es lo primero que ha obtenido esta semana para alimentar a su familia de nueva miembros. Hoy ya no queda nada del pulpo de ayer.

Cuando la marea baja, hay hombres que bajan hasta el centro de las lagunas coralíferas, chapoteando alegres en el agua, hasta el mismo borde del mar. Llevan una vieja red mosquitera que extienden sobre la superficie del agua; al cabo de unos minutos proliferan un grito de alegría: han logrado pescar quince sardinas de la variedad rosa. Llevan el botín al poblado, en triunfo.

Los domingos no se pesca, ni se elabora copra; los domingos nadie hace nada, ni tan siquiera cocinar. Alguien hace sonar un viejo cilindro oxidado que cuelga del tronco de un árbol a guisa de campana, batiéndolo con un trozo de hierro. Luciéndose sus mejores vestidos, la gente se apiña en la iglesia. En el sonoro dialecto de las islas Marshall, cantan el himno religioso inglés «Behold the Bridegroom cometh»; las mujeres cantan con estridente entusiasmo, mientras que los hombres exhiben sus bonitas voces bajas. En el púlpito, y flanqueado por dos botellas de cerveza vacías adornadas con flores de papel, el pastor lee la Biblia, la congregación recitando de memoria algunos de los versos. Veo una mujer vieja con flores en sus orejas, acompañada de un muchacho que mastica chicle; lo sopla con todas sus fuerzas, hasta que le explota en la cara, pero nadie parece preocuparse gran cosa por esta falta de respeto; en la entrada del templo hay un hombre leyendo un tebeo americano; de pronto se levanta y, sacando el brazo por la ventana baja de la iglesia, acaricia el pelo de una muchacha que pasa por el exterior. La congregación canta ahora «When the Roll is called up yonder». Cada verso lo arrastran de forma más lenta que el anterior.

Por la tarde nos sentamos en la arena de la playa, frente al pueblo, para contemplar mejor el espectáculo sin par de la puesta del sol. Los isleños, acurrucándose como mejor pueden, se sientan también a nuestro lado. «Yuki», dicen. «Amor». Amor. Ya lo decían miles de años antes que los «hippies». Inclinando nuestras cabezas, les respondemos: «Yuki». Alguien nos ofrece un trozo de fruto pandanus, una migaja que agradecemos y que saboreamos con placer, sorbiendo el sabroso jugo y sacando con las uñas las fibras que se nos pegan en los dientes. En la playa empieza el océano, dorado bajo los rayos de oro del sol poniente. No se ve ni un solo barco en el larguísimo horizonte. Es una ruta sólo seguida ocasionalmente por algún pesquero japonés dedicado a la captura del atún. Y pensar que luego el atún es desembarcado enlatado en estos mismos lugares tras un periplo de miles de kilómetros. El sol se aleja del Asia, y en la penumbra del atardecer tres muchachas, casi desnudas, bajan a bañarse, sonriéndonos al pasar.

Algunos atardeceres son mucho menos pacíficos que este de hoy; en ellos, el cielo del Este resplandece súbitamente y un misil puede ser vis-

to en la dirección de California atravesando el cielo azul como una exhalación. Luego, y emergiendo del horizonte en dirección Norte, aparece un cohete interceptor que se acerca velocísimo al misil hasta alcanzarlo. Se produce una explosión y los dos caen al mar lentamente, a centenas de kilómetros de distancia.

«Fuegos artificiales»

Si bien es verdad que ni Bikini ni el atolón vecino de Eniwetok han sufrido más tests nucleares desde el año 1958, las islas Marshall se hacen servir todavía de bancos de pruebas para armas estratégicas. Es la principal —si no la única— razón de la presencia de América en aquellas apartadas regiones. Los antiguos imperios se apoyaban en el comercio y la explotación; este nuevo imperio se basa en la superioridad militar. Todo lo que aquí pasa no es asunto de nadie, ni siquiera de los mismos isleños, pero los secretos de esta magnitud y de este costo acaban por convertirse en secretos a voces. Aparte de los «fuegos artificiales» que se observan periódicamente en el cielo, algunas veces se ven cápsulas de metal flotando en la superficie del mar, mientras que otras —demasiadas para los isleños, cuya subsistencia depende del arribo regular de los barcos japoneses que les venden suministros— se prohíbe terminantemente la navegación en el área, para que América pueda proseguir con sus ensayos furtivos.

En Kili los días transcurran perezosamente. El racimo de plátanos que cuelga del techo de nuestra choza, y que cuando llegamos era completamente verde, se ha vuelto amarillo en sólo unos pocos días, y nos hartamos de comer plátanos, pues están muy buenos. Un día matan un cerdo y acarrear el pesado costillar a la orilla para prepararlo. De una de las chozas sale mucho humo; nos acercamos y vemos un gran fuego de cáscaras de coco. En el aire revolotean mariposas, y los hombres permanecen sentados bajo los árboles de pandanus, jugando con guijarros de la playa. Una muchacha baila fuera; siempre se oye música: una guitarra, una radio, alguien que tararea una canción. Es como una especie de Muzak de los Mares del Sur. Antiguamente, las gentes de Bikini solían tensar pieles de tiburón sobre conchas gigantescas a guisa de tambores y hacían sonar bellos caracoles marinos. Ahora prefieren la música moderna y el «hillbilly», y tocan banjos japoneses.

La espera ya hace veinte años que dura. Y junto con el «Yuki» hay otra palabra, dulce y melancólica, que oímos repetir sin cesar: «Lamorén». Cuando se refieren a Bikini hablan de «Lamorén», «la tierra de los padres y de los abuelos», la patria, la herencia, el trozo de tierra en el que nacieron y en el que desean morir. ¿Volverán alguna vez a «Lamorén»? El hombre que les sacó de Bikini y los trajo a esta tierra de destierro, el gran jefe Juda, ya no podrá volver nunca allí. Falleció este año de cáncer y yace enterrado en el cementerio de Kili, bajo una capa de corales pintados, y con su gran tetera colocada sobre una silla a su lado.

Hoy es jueves. Es el día que el patrón nos prometió que volvería para recogerlos. Ya hemos preparado nues-



La pierna de un muñeco humano separada del cuerpo: macabro recuerdo de una explosión nuclear.

tras cosas, hemos comido tantas bananas como hemos podido, y ahora descansamos y escuchamos la radio, esperando oír de un momento a otro el ruido del motor de la goleta.

Todo sucede de una manera tan tranquila. El locutor de radio habla con una voz muy tranquila e indiferente, como si no le importara en absoluto nada de lo que está diciendo. Al principio no nos hemos dado cuenta de lo que decía, nuestros pensamientos amodorrados por el intenso calor. «Fue ayer en Texas —declara—. El presidente Johnson... en unas declaraciones... dijo que, por fin, los largos años de espera han tocado a su fin. Bikini es habitable de nuevo. Ya no hay ningún peligro de radiactividad. Todos los que quieran pueden volver...»

Y luego, apenas transcurrido un minuto, todos parecen caer exhaustos al suelo. Es como si no hubiera sucedido nada, como si el tiempo no hubiera pasado. Bikini cae tan lejos, tan lejos... casi tan lejos como está Texas, de donde ha venido el venturoso mensaje. No hay ni baile, ni gritos; su silencio parece indiferencia. Pero no lo es. La razón de todo ello es que están como confundidos, no acaban de creerlo; ahora se dan cuenta de que, en el fondo, todos ellos creían que nunca más volverían a ver Bikini. Tras una espera tan larga y cruel, la realidad es un poco intimidante. O puede que sospechen que es otra «promesa»; ¿quién podría extrañarse que después de veintidós años ya no se crean nada?

A primeras horas del día siguiente, viernes, un día más tarde de lo acordado, se oye el grito: «¡Vela a la vista!». Los isleños nos cubren de cocos y frutos de pandanus y nos escoltan hasta la playa. «Yuki, yuki, yuki», se despiden dándonos las manos a la vez. Cuando la goleta leva anclas, una docena de jovencitos se acercan nadando para dedicarnos una canción de despedida. El barco se aleja de Kili, y la última visión que tenemos es la de las cabezitas de los muchachos flotando en el agua como cocos a la deriva.

Diez días más tarde volvemos a nuestra querida isla de Kili, pero esta vez en un buque mucho mayor que ondea la bandera del alto comisario americano, y que está lleno de coroneles, físicos atómicos, administrativos, ingenieros, antropólogos, fotógrafos y periodistas. Está tan lleno de gente que sólo hay lugar para nueve bikinianos, que tendrán que dormir en cubierta, pues no quedan camas para ellos. Partimos de Kili y navegamos 500 millas hacia el Norte. Al tercer día de viaje, durante el tórrido mediodía, avistamos Bikini en el horizonte: de la isla no emerge ni una sola palmera, ni una sola columna de humo. Lo único que se ve es una torre de acero de 300 pies de altura. Al penetrar en el lago se produce un momento de ansiedad al concentrarse las miradas de todos en los nueve bikinianos que llevamos a bordo. Ha llegado el momento de la verdad.

El momento de la verdad

Los periodistas ya hace rato que han descendido primero a la playa para registrar en sus cámaras el rostro de los desterrados al poner pie en la isla de Bikini, la mayor del atolón. Habrá una pequeña ceremonia que, a petición de los nueve bikinianos, tendrá lugar en el viejo cimitero, entre las tumbas que decoraron en 1946, antes de que se los llevaran a Rongerik.

El problema es que no queda pueblo, no quedan palmeras y probablemente no queda ni rastro del cementerio. La última bomba nuclear hecha explotar aquí lo fue en 1958, y en diez años lo poco que quedaría debe haber sepultado bajo un montón de ruinas cubiertas de vegetación. En algunos puntos es tan densa que tenemos que abrirnos paso con los machetes. Suponiendo que quede algo del cementerio, resultará extraordinariamente difícil localizarlo. Con cierta ansiedad aguardamos el desembarco de los nueve bikinianos.

Se han puesto camisa blanca, corbata negra, pantalones, zapatos y calcetines del mismo color. Las cámaras no cesan de disparar. Con gran dignidad, saltan del pequeño bote y ponen pie en la playa del atolón. Los nueve hombres lo observan todo con un aire extrañamente silencioso, recorriendo con miradas desmayadas la playa, la vegetación, respirando con dificultad el pesado aire de la isla. No queda nada, ni letreros, ni señales, ni calles, ni poblado, nada; sólo se ven restos de hierros retorcidos y oxidados en la playa y la muralla verde de los arbustos. Luego, muy lentamente, abortos en el extraño paisaje que se ofrece a su vista, atraviesan la barreira de fotógrafos y entran en la selva.

Tenemos que abrirnos paso entre el bosque de oficiales y militares curiosos que han desembarcado en enjambre y que les siguen a pocos pasos. Los nueve hombres se detienen de pronto, señalando con la vista empuñada por la emoción una hilera de botellas hundidas en el suelo arenoso; es lo que queda de la delincuencia de una tumba; también se ven unas piedras que guardan cierto orden de colocación, pero aparte de esto, nada.

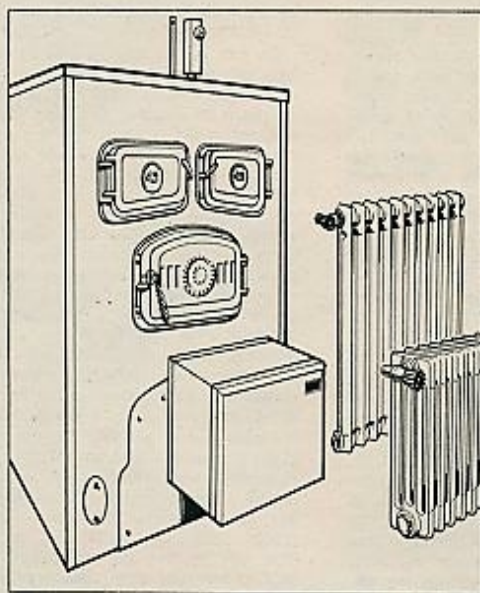
Seguimos abriéndonos paso con nuestros machetes. El alto comisario toma una pala y nos ayuda en la dura labor; el «sheriff» del distrito y el

LOS PISOS "QUE SON HOGAR" TIENEN CALEFACCION

Roca



**Porque es el único sistema
que proporciona verdadero confort**



Usted quiere para los suyos un piso confortable de verdad. Las soluciones de "calefacción a medias" no hacen hogar. Por eso, en su nuevo piso usted exigirá calefacción **Roca** por radiadores. Y porque usted sabe, también...

- que la calefacción **Roca** es de mantenimiento muy económico.
- que por su economía se amortiza la instalación en breve tiempo.
- que puede funcionar con gas ciudad, butano, propano, gas-oil, fuel, petróleo, carbón, leña, etc.
- que, al no tener averías, dura tanto como la propia casa.
- que, intercalando un acumulador, usted obtiene abundante agua caliente para el cuarto de baño y la cocina.
- que da un calor mucho más sano y sin peligro para sus hijos.
- que no desprende tufos, ni humo, ni quema el oxígeno del aire.
- que automáticamente mantiene una temperatura uniforme y regulable a voluntad, habitación por habitación.
- que los radiadores son decorativos. Usted puede elegir entre muchos modelos.

Solicito me remitan información sobre calefacción COMPANIA ROCA-RADIADORES - Rambla Lluch, 2 - GAVA (Barcelona)

Nombre Población
Calle Provincia

El sistema de calefacción más perfecto y económico y el más utilizado en todo el mundo.

El confort avanza con **Roca**

BIKINI

capitán del barco siguen su ejemplo y se ponen a apartar troncos caídos de árboles. Casi toda la tripulación se encuentra ahora en tierra asaltando la jungla. Traen dos palos de bandera y los clavan en el suelo. Algún observador que con uno bastaría; otro, por el contrario, arguye que no sería suficiente. Se formulan preguntas sobre el protocolo a seguir. El alto comisario lo consulta con el consejero de asuntos comunitarios, quien a su vez lo consulta con el administrador del distrito. Este sentencia que la bandera norteamericana debe izarse a la izquierda y la micronesia a la derecha. Pero el palo de la derecha es un poco más alto que el otro, así que hay murmullos de desaprobación.

«Histórica ocasión»

Uno de los nueve bikinianos recita una oración en voz alta; los ocho restantes cierran los ojos, rezando en voz baja; uno de ellos parece que llora. Las cámaras empiezan a disparar otra vez desde todos los ángulos. Se izan las dos banderas. A medio recorrido, la bandera de los Estados Unidos se encalla en un nudo de la cuerda; alguien intenta desatascarla, pero no puede. Nadie se mueve; entonces, uno de los nueve isleños se quita los zapatos y se encarama por el palo para liberarla. El alto comisario empieza a pronunciar un solemne discurso: «En esta histórica ocasión...», son sus primeras palabras. En el aire flota un olor agrio, un olor a hojas húmedas, a plantas pisoteadas. El delegado de los bikinianos le contesta con otro discurso. Le da las gracias. ¡Da las gracias!, su figura se recorta contra el fondo inexistente de un cementerio desaparecido, barrido por la bomba, y su rostro, oculto tras unas gruesas gafas de sol, nos da las gracias. Habla de este acto de grandeza en el que un pueblo de doscientos millones de almas devuelve una isla a unos pocos cientos para que puedan vivir allí. Este acto de grandeza. Pienso si hablará en serio al darnos las gracias. Darnos las gracias por veintidós años perdidos, por una isla rota, deshecha, arrasada, contaminada.

En un gesto que quiere estar lleno de simbolismo, se plantan ceremoniosamente cuatro cocoteros. Luego interviene un delegado de la Comisión de Energía Atómica de Washington; viene acompañado de un ayudante, que lleva unos estuchitos. El delegado de la «Atomic Energy Commission» abre los estuchitos y va sacando unas medallitas de plata con cadena que llevan la inscripción: «Bikini 1968». Luego recorre la hilera de bikinianos y les va colgando las medallitas en el cuello. Al llegar al último nativo se da cuenta de que han cometido una equivocación: sólo han entregado ocho medallitas y aquí hay nueve bikinianos. De pronto se le ocurre una solución feliz. Le habla al hombre y le dice que tan pronto como esté de regreso en Washington encargará otra para él.

Terminada la ceremonia, nos dedicamos a explorar la isla. Semihundiado en el suelo arenoso vemos un letrero medio despintado que reza: «CUIDADO: el consumo de cualquier planta o alimento puede resultar fatal para la salud». En la playa encontramos una cosa de color amarillo con las siglas «DRONE»; se trata —nos aclaran— de un aeroplano miniatura, provisto de una puertecilla, en la que

figura un aviso indicando que en el interior hay instrucciones a seguir en caso de peligro de contaminación. Por todas partes yacen trozos de hierro oxidados, restos de cables, hilos, alambres, vehículos destrozados, ennegrecidos, y a lo largo del rompiente de la playa se alinean los esqueletos de barcas y embarcaderos, increíblemente retorcidos y deshechos. La mayor parte de estos restos metálicos, me asegura un físico atómico, están todavía contaminados de radiactividad y tendrán que ser retirados con grandes precauciones de la isla. Viene acompañado de un coronel del ejército vestido con un uniforme de combate, con su nombre y el «US ARMY» cosidos en los bolsillos de la camisa. Lleva un enorme cuchillo de carnicero atado a una pierna, y parece ser el único superviviente de una emboscada del Vietcong. Está irritado porque se perdió la ceremonia y dice: «No he logrado dar con este maldito cementerio»; le aclaramos que fueron los bikinianos quienes lo encontraron y que de todos modos la ceremonia fue muy breve. Parece estar verdaderamente molesto y, mirando a su alrededor con aire sombrío, comenta: «Qué lugar más desolado». No acaba de comprender toda la comedia de los bikinianos y el ruido que se está armando por una isla que no vale ni cinco centavos. Nos enseña dos bolas de cristal que ha pescado en el fondo del lago; pertenecen a una red de pescar japonesa, y dice que serán un buen adorno para el umbral de su hogar. Luego vemos a los nueve bikinianos que deambulan con aire desconsolado por entre aquel enorme caos de ruinas. Este no es el Bikini que dejaron hace veintidós años entre cantos y lágrimas; no es la misma selva, no es el mismo suelo. Les han devuelto un montón de ruinas.

Durante tres días inspeccionamos los alrededores del lago, recalando en los islotes del atolón. En uno de ellos hay el esqueleto de una pequeña terminal aérea, el varillaje de un hangar destrozado, los trozos diminutos, los restos de una pista de aterrizaje. Abriéndonos paso con los machetes, en medio de un calor infernal, alcanzamos los restos de una cantina en ruinas, en donde hace años comían centenares de americanos mientras «preparaban» la isla para las explosiones atómicas. Entramos por una de las ventanas en la cocina; no queda techo, y una planta carnívora abraza con sus largos brazos repulsivos las cajas oxidadas de los hornos y las neveras. Un ingeniero dice que los bikinianos pueden repararlo todo y hacerlo servir de lugar de reunión o algo parecido, quizá una escuela o un hospital. Con culdado inspeccionamos la mesa de ping-pong, las cafeteras, los cacharros de la cocina. El alto comisario dice estar de acuerdo con el ingeniero; aquí vivirán mucho mejor que en sus chozas de Kili; luego se agacha y recoge un trozo de cristal de una botella de vinagre. «Es un recuerdo de Bikini para mi esposa», dice.

Nos adentramos en la isla, dejando atrás depósitos de gasolina, cisternas de agua, montañas de basura, torres y más torres de acero, algunas de ellas de cantenares de pies de altura. Encontramos una palmera, una de las pocas supervivientes, y pedimos a uno de los bikinianos que nos abra unos cocos para calmar la sed; luego encontramos los restos de una letrina

militar. El alto comisario se sienta en uno de los oxidados inodoros para que los fotógrafos le hagan una foto humorística, y todos ríen divertidos. Todos menos los nueve bikinianos. Más tarde, al intentar regresar a la playa, nos perdimos entre los montones de ruinas y desolación, y uno de los coroneles del séquito, su camisa empapada de sudor, nos pide con aire visiblemente cansado: «¿Quieren hacer el favor de preguntarles a los nativos cuál es el camino de vuelta?; después de todo es su isla, ¿no?; deberían estar más atentos y llevarnos de vuelta a la orilla».

Los nueve bikinianos no piensan en la orilla, ni en el barco, ni en el sancion. Siguen recorriendo el desconocido atolón, intentando recordar, orientarse, reconocer algo, recogiendo trozos de botellas vacías de cerveza, tratando de encontrar algo de valor, arrancando trozos de metal y de madera, levantando del suelo secciones de cables que se convierten en polvo tan pronto como los doblan o los aprietan un poco fuerte, aplastando bombillas, tubos de neón, cafeteras, cacharros eléctricos, tubos... Finalmente llegamos al gran edificio de hormigón, la central de operaciones del alto mando, casi intacta gracias a sus gruesas paredes, en donde se montaban las bombas. «¿Dónde está el lugar en donde montaban la bomba?», preguntamos a los militares. Se produce un silencio embarazoso, se nos lanzan miradas recriminatorias. No debemos pronunciar esta palabra, se nos dice. Es una falta de tacto. Se debe decir el dispositivo. Suena mejor, es menos deprimente y mucho más científico. También podemos decir el aparato, si lo preferimos. Pero bomba, no.

Veintitrés explosiones

El dispositivo. Entre 1946 y 1958 se produjeron veintitrés explosiones nucleares en el atolón de Bikini, cada una de las cuales representó largos meses de preparativos y análisis científicos; veinte millas más allá del lago está el lugar en donde probaron la mayor de ellas. La bautizaron con el nombre español «Bravo». Cuando «Bravo» explotó, el día 1 de marzo de 1954, dos islas del atolón desaparecieron en el mar y una tercera quedó reducida a un montón de arena. «Bravo» levantó un «hongo» de veinte millas de altura. Produjo un cráter tan profundo en el lago que ha sido fotografiado claramente desde un satélite. La nube radiactiva llegó a una isla llamada Rongelap, situada a cien millas de distancia. Esta isla estaba habitada. Al cabo de pocos días, sesenta y cuatro personas sufrieron graves quemaduras en la piel y tuvieron que ser evacuadas a un lugar secreto para ser sometidas a intenso tratamiento médico. Durante tres años no se les permitió regresar a la isla. Muchos de los isleños afectados por la nube radiactiva y que entonces eran todavía niños quedaron afectados de graves enfermedades para el resto de su vida, incluso algunos de ellos quedaron retrasados física y mentalmente. La nube radiactiva alcanzó también al «Dragón Afortunado», un barco pesquero japonés que se encontraba en alta mar capturando atunes; cuando el barco llegó al Japón, la tripulación se hallaba en tal estado de postración que tuvo



En su exilio de Kili, los isleños se dedicaban a la pesca o fabricaban cestas de hojas de palmeras.

que ser trasladada urgentemente a un hospital. Uno de los pescadores moría poco después. El desastre de la «Bravo» se califica, en términos científico-militares, como «el accidente».

Visitamos el montón de arena, que es todo lo que queda de aquellas tres islas desaparecidas en las que en un tiempo crecían palmeras y vivían personas felices y sanas. Dos de las islas desaparecieron por completo tragadas por el mar. Esto es todo lo que queda de la tercera; unos pocos metros cuadrados de arena ennegrecida y cubierta de trozos retorcidos de metal. Este metal servía para los instrumentos de medición y registro. Estos instrumentos se hallaban en el interior de un blocao construido sobre una roca; la roca se hundió en las aguas, del blocao sólo emerge el techo. Todo esto que las contamos no es una pesadilla ni un relato de ciencia-ficción. Es lo que puede hacer un «dispositivo». Lo que podría hacer en Londres, Nueva York o Moscú.

En los islotes vecinos, la desolación es total. Las explosiones arrancaron de cuajo, arrasaron todo resto de vida animal y vegetal, aniquilaron palmeras y plantas, produciendo enormes olas que anegaron el lago de agua salada y destruyeron el interior de las islas, exterminando los animales, acabando con todo resto de vida. Dos de los bikinianos contemplan con aire sombrío un solitario y raquítico arbusto, símbolo de la destrucción radical que operó esta indescriptible desolación.

Pobres bikinianos. Creyeron que este viaje sería un retorno triunfal, un día feliz, el final de un sueño y de un anhelo, pero no han encontrado en Bikini nada. Nada. La súbita comprensión de aquella destrucción los deja como anonadados, martilleándose el cerebro con una crueldad infinita. «¿Qué le hicieron ustedes a nuestro atolón? —preguntan—. ¿Dónde fue

(Pasa a la página 69)

BIKINI

(Viene de la página 45)

a parar aquel "Lamorén", la tierra de nuestros padres y de nuestros abuelos, aquel trozo de mundo bendito que estuvimos nombrando sin cesar todos estos años en Kili?».

Menos mal que todavía queda pesca abundante en el atolón. Durante los últimos diez años se han reproducido a sus anchas, sin verse acosados por nadie. Hay tantos que se pueden coger con la mano, matar con los machetes. En el lago hay millares de ellos, pacíficos e inofensivos, a excepción de los tiburones. También hay tortugas, e incluso pájaros chorlitos y pájaros bobos principalmente. Ahora ya no hay peligro de que los animales estén contaminados de radiactividad, excepto el cangrejo cocotero, una antigua «delicadesa» de color negro que se come su propio caparazón y acumula demasado estroncio.

En el último día de estancia en la isla, el alto comisario intenta consolar a los nueve bikinianos. Les dice que los cocoteros sólo tardan siete años en crecer. Les promete que reunirá dinero y que no cojará hasta dejar Bikini convertida en lo que fue antes de explotar los dispositivos. Les dice que hará algo mejor, mucho mejor: piensa hacer construir un hotel de lujo en este atolón del Pacífico, un paraíso para los aficionados al esquí acuático, una Meca para los pescadores, un lugar único en su género, en el que los turistas vivirán emociones muy intensas con el recuerdo de los dispositivos en su memoria. Sólo es cuestión de dinero. América tiene mucho dinero, se gastó muchos miles de millones de dólares para la destrucción de Bikini, así que bien se podrá gastar unos pocos en su restauración. Es la clase de cosas que América hace bien. Claro que tendrán que esperar algún tiempo. La nación americana tiene muchos gastos en la actualidad: Vietnam, la lucha por los derechos civiles, los negros, los cohetes a la Luna, etcétera, etcétera, pero el alto comisario les promete que hará cuanto esté en su mano.

Y por fin salimos del lago. Al mirar las aguas limpiadas por última vez, una súbita tormenta tropical se desencadena en el océano, dejándonos empapados de agua salada, eliminando el sudor de nuestros cuerpos; sale el arco iris. No podemos por menos de pensar en si alguna vez volverán a crecer realmente las palmeras en este lugar desolado y desierto en el que sólo se ven ruinas, torres oxidadas y edificios destruidos. Y por la noche, a bordo del barco de guerra norteamericano, sirven langosta, y los coroneles americanos están muy contentos porque han podido recoger muchas botas de cristal japonesas para regalarlas a sus esposas. En los Estados Unidos, una bolita cuesta treinta dólares, me dice uno de ellos. Pronto estaremos de vuelta en Majuro o en Washington, en Londres y en Kili. Quizá Kili les parecerá ahora mejor a los nueve nativos silenciosos que permanecen en cubierta. Al levar anclas de Bikini hemos visto cómo uno de ellos —esta vez sí que estamos seguros— lloraba en silencio. Era el delegado, el que nos ha dado las gracias «por este acto de grandeza».

(Derechos reservados por SUNDAY TIMES-MAGNUM-ZARDOYA. Exclusiva para España de la revista TRIUNFO.)

EQUIPO EDITORIAL

EQUIPO EDITORIAL, S. A.

Sancho el Sabio, 18
SAN SEBASTIAN

COLECCION ESCUELA SOCIAL

Diario de Bolivia

Che Guevara 50 Ptas.

El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado

Federico Engels 90 Ptas.

Libertad para el Congo

Patricio Lumumba 60 Ptas.

Literatura y Liberación Nacional en Vietnam del Sur

60 Ptas.

El capital

(Resumido por G. Deville) Carlos Marx 60 Ptas.

Temas militares

Federico Engels 150 Ptas.

Trabajo asalariado y capital. Salario, precio y ganancia

Carlos Marx 60 Ptas.

Del socialismo utópico al socialismo científico. Ludwig Feuerbach y el fin de la Filosofía clásica alemana

Federico Engels 60 Ptas.

Cuentos cubanos de lo fantástico y lo extraordinario

Vargas Llosa, Carpentier, Lezama Lima y otros 150 Ptas.

Paradiso

José Lezama Lima 225 Ptas.

Secuestrado, pendiente de resolución judicial

DISTRIBUCION

País Vasco: Equipo Editorial; Sancho el Sabio, 18, SAN SEBASTIAN

Cataluña: Iber-Amer; Ronda San Pablo, 67, BARCELONA

Madrid y resto Península:

Visor; Isaac Peral, 18, MADRID

NOVEDADES

OCTUBRE-NOVIEMBRE

en órbita



Don José Mellá, "Garbanzo de Plata"

El ya famoso «Garbanzo de Plata» le fue impuesto a don José Mellá, tras un suculento «cocidito madrileño» ofrecido por el Club de Prensa de Torres Bermejas. Además del presidente del Club, señor Alvaro de Laiglesia, hablaron en homenaje del señor Mellá, el director general de Empresas y Actividades Turísticas, don León Herrera y Esteban; don Manuel Augusto García Viholas; don Joaquín Romero Marchent y Fina de Calderón. Don José Mellá pronunció unas palabras de agradecimiento. En la foto, el señor Mellá durante su intervención.

Exposición Tomás García

«Afortunadamente para el arte explorador de la pintura y el dibujo, han sido actualmente descubiertos otros métodos mucho más eficaces para reproducir imágenes del medio ambiente. La fotografía y sus derivados han hecho inútil la "información pictórica" representativa». Con esta cita de «El mono desnudo», de Desmond Morris, presenta su exposición en San Sebastián el joven pintor Tomás García Asensio.

Formado en Madrid y París, explorador continuo de las bienales y grandes muestras europeas, Tomás García se inscribe en la corriente del arte ambiental, dentro de las nuevas tendencias experimentalistas. Frente al cuadro clásico —una ventana abierta en el ambiente, algo extraño en cierta manera a éste— se busca que el arte sea un elemento más. El sustrato formal de estas obras se basa en la interpolación de sucesiones aritméticas, donde los colores acentúan y contrastan las tensiones visuales.



MODA JOVEN EN PUNTO

La fotografía muestra un modelo NERVA de carácter actual y calidades personalísimas. El muchacho lleva un jersey con trenzado en relieve muy deportivo.